

**Mikel Iriondo**

Profesor Titular de Estética de la Universidad del País Vasco.

Artículos / Textos

**"ARTE Y VIOLENCIA EN EL PAIS VASCO"**

1.- La violencia en el País Vasco.

Se suele argumentar de manera reiterada desde las instancias del poder nacionalista instituido en Euskadi que, según los más recientes estudios y encuestas a la población, esta es la autonomía de España con menor índice de delincuencia y, por tanto, con mayor seguridad ciudadana. Si bien esto es cierto, que aquí apenas existen los delitos habituales, no es menos verdad que acontecen otros de más profundo calado al no contentarnos con menudencias, a saber: en el País Vasco se persigue, se amenaza y se asesina a la gente por discrepancias de tipo ideológico, se intenta aniquilar al disidente.

Esta violencia de signo terrorista se erige en una muy concreta obsesión para una parte de la población, mientras que para otro sector del país constituye un peligro remotísimo. Toda la oposición política transita por el País Vasco protegida por escoltas, al igual que los jueces, algunas destacadas figuras de los colectivos de víctimas del terrorismo y ciertos profesores e intelectuales críticos con esta aberración.

Sin embargo este es un país en marcha que nadie ha de parar, según acostumbra a reiterar el lehendakari, porque goza de un nivel de bienestar envidiable gracias a la solvencia de los índices económicos y al apoyo de una sofisticada tecnología industrial. A pesar de que todo este triunfalismo es discutible y matizable, cosa que ha hecho oportunamente el catedrático de economía Mikel Buesa en diferentes escritos, es evidente que el estado de bienestar es un argumento clave para comprender la pervivencia de la violencia terrorista. El analista político Kepa Aulestia ya dejó explicado en artículo periodístico en La Vanguardia titulado "El terrorismo del bienestar" (26-08-00) que el fanatismo se asienta precisamente en este acomodo y que los jóvenes radicales de la llamada "kale borroka" nada tienen que ver con la marginalidad o la desesperanza sino que más bien son fruto de la sobreprotección familiar y el consentimiento. Apuntaba Aulestia que el 60% de los integrantes de la izquierda abertzale pertenecen a la clase media y gozan en mayor proporción, prácticamente el 100% diría yo, de empleo estable. Se trata pues de fomentar un rupturismo confortable, desde una posición social privilegiada que no les impide enmascararse, dada su prepotencia e irresponsabilidad, en víctimas de una situación que se esfuerzan en prorrogar hasta conseguir sus delirantes objetivos. Pero lo cierto es que aunque el verdugo se transmute en víctima, el país se divide realmente entre quienes sienten la amenaza cierta del terror y quienes creen estar a salvo de todo peligro.

Es en esta anestesia social donde reside la clave para entender las escasas muestras de empatía o solidaridad que se muestran hacia las víctimas de la violencia terrorista. Y no cabe la menor duda de que es precisamente la víctima el elemento clave para tratar de resolver de una vez por todas esta acendrada lacra[1]. Para comprender a la víctima por parte de la ciudadanía es necesario el apoyo decisivo de las autoridades gobernantes, es imprescindible una política

educativa que afiance la figura de quienes han sufrido los embates del terrorismo y les rinda de manera cotidiana el homenaje del recuerdo. La memoria precisa además un terreno firme en donde sustentarse, unas coordenadas inequívocas que orienten nuestro futuro: el propósito de educar a nuestras jóvenes generaciones en los valores democráticos, la importancia de la ley y el Estado de Derecho y el compromiso de la solidaridad ciudadana.

El tratamiento de este problema más allá de las fronteras españolas es también un asunto a tratar de canalizar por vías de justicia y evitar agravios comparativos. Gran parte de la prensa extranjera trata todavía a los terroristas vascos como guerrilleros o separatistas en pos de una liberación nacional que no casa muy bien con el grado de autonomía y libertades existentes. Prevalece todavía una visión romántica y de ensueño que últimamente ha quedado algo trastocada por el terrible acontecimiento del atentado contra las torres gemelas. La labor de propaganda de los sectores más radicales del nacionalismo vasco por los diferentes confines del mundo ha sido constante, vendiendo una información absolutamente alejada de la realidad de las cosas, adobada toda ella de una probada solidaridad del vasco irredento por las causas sociales más remotas que en el universo existan: palpable muestra de hermanamiento de corazones generosos con un prójimo al que, paradójicamente, ni buscan ni encuentran en el País Vasco.

Estas nuevas formas de guerra, como ya señala Mary Kaldor, se mueven por derroteros sorprendentes y azarosos. Nadie está a salvo del todo, hasta el más insignificante ciudadano, aunque no lo crea, puede representar intereses malsanos y perversos para el fanático de turno y hallarse en verdadero peligro. Pero aunque esta violencia terrorista parezca por sus manifestaciones azarosa, esta lectura no la convierte en propia de mentes irracionales o monstruosas, pues es en realidad producto de cerebros que utilizan la racionalidad de manera perversa, propia de quienes piensan en obtener resultados de la manera que sea, afincando el criterio de utilidad y rentabilidad política aunque suponga desarrollar métodos crueles que arrebatan la existencia al prójimo.

La violencia ilegítima tiene pues una clara utilidad política y es precisamente por ello, dado el panorama social existente, por lo que en el País Vasco persiste. La democracia se encuentra frente a estos fenómenos con un elemento de desestabilización difícil de erradicar, y no faltan autores de reputada solvencia democrática que aconsejan que nos vayamos haciendo a la idea de convivir con una dosis más o menos elevada, según la coyuntura, de violencia de este cariz.

## 2.- La función del arte.

Tratar de elucidar cuestión tan ardua nos llevaría a una discusión interminable y a un repaso histórico de los diferentes planteamientos respecto a tan arduo asunto. Por lo tanto, me referiré a aquello que personalmente estimo primordial.

Wittgenstein ya señaló que para aclararse respecto a las expresiones estéticas era necesario describir modos de vida. En definitiva, se podría decir que el arte muestra vestigios de esa realidad configurada por seres humanos que nos circunda, y que el dominio de lo estético alberga en su seno una especie de corriente subterránea que calificaré como moral pues se remite a acciones y comportamientos humanos revestidos de un profundo interés. Tampoco existe nada de desinteresado en el territorio de lo estético. Una obra artística puede así ofrecer testimonio y evidenciar un valor crítico que nos arrastra, como diría Adorno, a repensar los problemas, a modificar las preguntas en lugar de permanecer satisfechos con respuestas caducas.

Al arte no se le demandan soluciones ya que no puede ofrecerlas, pero sí se le exige un compromiso con lo sustancial: un afán crítico y renovador que permita que los individuos y la sociedad maduren[2].

Como señala Imanol Agirre[3], los valores de justicia social, igualdad y solidaridad son el eje de las nuevas propuestas de educación artística. El arte debe permitir comprender los mundos sociales y culturales en los que habitamos, desentrañar los valores ocultos en los productos estéticos y sustituirlos por otros más cercanos a los ideales fundamentales anteriormente señalados. Así, señala I. Agirre, la función de la educación artística estriba en preparar a las gentes para la comprensión de la "cultura visual", con el fin de que reconozcan estas metáforas y su valor en el contexto social en el que se insertan puesto que las imágenes son artefactos culturales.

Finalmente citaré a Gombrowicz: "ser hombre significa ser artificial. Nuestro elemento es la eterna inmadurez. El arte es la elección de lo mejor, el rechazo de lo no tan bueno. La no sumisión a las ilusiones fáciles y cómodas. El propósito del arte no es resolver problemas sino planterarlos".

En efecto, en el arte nada sustancial cambia pero si lo es verdaderamente permite y propone el que seamos nosotros los que cambiemos.

### 3.- Arte y violencia. Violencia y presencia del arte.

Aparte de la violencia de signo claramente político es de perogrullo constatar que la violencia nos circunda cotidianamente. Los medios de comunicación se hacen eco de manera constante de los muy diferentes aspectos que adopta esta particular dimensión humana. Así, se habla de violencia doméstica, violencia de género, malos tratos a niños y ancianos, xenofobia, racismo, violencia en los campos deportivos, agresiones sexuales, diferentes tipos de acoso y un largo etcétera. Nuestras sociedades de masas se hallan inscritas en esta especie de espiral del dolor infligido que posee además y para mayor desgracia un carácter imitativo y reproductor.

Si el asunto que tratamos ha dado lugar a diferentes representaciones artísticas a lo largo de la historia, qué duda cabe que los tiempos presentes muestran una faz a todas luces inflacionaria de violencia. Las propuestas del arte vanguardista del siglo XX conllevaban en su núcleo un afán rompedor y aniquilador de todo arte precedente, pero se trataba de una violencia interna al arte y sin el menor vestigio de crueldad. La provocación y el escándalo podían generar una violencia más manifiesta, pero casi nunca por agresión física del artista sino por la intervención de algún energúmeno dispuesto a defender el orden moral establecido o bien por la airada participación de algún estamento del poder terrenal o espiritual dispuesto a tomar medidas contra los artistas escandalosos.

Pero más allá de estos intentos provocadores, que todavía hoy en día se manifiestan por doquier y con las formas más variopintas[4] creo necesario señalar que el arte nunca se ha mostrado tan impotente como ahora para dar cuenta de la violencia y de la crueldad presente en las relaciones humanas. Las diferentes manifestaciones que, a modo de ejemplo radical, los artistas del body-art han hecho llegar al estupefacto espectador tratando de denunciar la violencia, han resultado sobre todo patéticas y sus diferentes retóricas son la más palpable muestra de un querer que no logra alcanzar sus objetivos. Aunque algunos artistas hayan llegado a mutilarse determinados órganos, se hayan operado sin necesidad alguna partes de su cuerpo, se hayan dejado golpear y cuasi torturar por el público o, extremo insuperable, se hayan suicidado con el ánimo de entrar en catálogo, todos ellos se hallan muy lejos de representar el trastorno moral que supone el sufrimiento ajeno, la crueldad infligida de manera gratuita o utilitaria.

Todavía siguen pareciendo más potentes en su denuncia artistas como Goya, Picasso o Francis Bacon, que no necesitaron de tanta parafernalia para tratar de denunciar el horror. Sin embargo, si nos vamos al extremo, nada hay comparable a una visita a Auschwitz, santuario del dolor supremo, de lo inconmensurable del mal, para tomar consciencia del limitado poder del arte. Frente a los intentos denodados de algunos artistas tratando de dar preponderancia al espectáculo visual, habría que sentenciar que nada hay más estúpido que mantener esa aseveración de que una imagen vale más que mil palabras. Sólo el conocimiento y la comprensión previa de los acontecimientos violentos puede remitirnos a una valoración ponderada de la imagen artística. De ahí que sean los escritos de algunos sobrevivientes del holocausto los que más se acerquen, salvando las distancias, a la verdadera dimensión de la violencia extrema[5]. Sin marco de referencia, sin una adecuada formación ética del ciudadano, la imagen queda subsumida en la ciénaga de la indiferencia.

#### 4.- Arte y violencia en el País Vasco.

Nada hay mejor para corroborar lo dicho hasta ahora que el remitirnos al caso concreto de Euskadi. Puede decirse desde un principio que las manifestaciones artísticas que abordan la violencia terrorista que nos atenaza desde hace casi 40 años, son casi inexistentes.

El miedo que la amenaza terrorista difunde por doquier juega un papel preponderante en esta situación de las artes, pero no es éste el único elemento a considerar para explicar tan anómala situación. El factor lingüístico es también clave en las manifestaciones literarias y musicales: todas aquellas obras que se realizan en euskera recalcan en un público que por mucho que diga detestar la extorsión y la violencia se muestra bastante refractario a la denuncia clara y contundente contra los administradores del terror. Pareciera que la crítica fundamentada contra la crueldad de signo político supusiera echar al sumidero de la historia junto con el agua de la bañera al niño recién lavado. Es éste precisamente el espíritu del "conflicto" que muchos en este país defienden: hay algo a subsanar, ese supuesto agravio histórico de los estados español y francés contra los vascos, previamente a exigir la desaparición de ETA. Por ello, quien niegue este principio básico para el nacionalismo en su conjunto, se arriesga a perder la clientela que lo sustenta.

Nada hay más instructivo que mantener una conversación privada con algunos de los reputados literatos o cantantes euskaldunes: aceptan los postulados básicos de la crítica contra el terrorismo etarra y el fanatismo batasuno, pueden incluso, bajando la voz, desear que sea la vía policial o el juez Garzón quien acabe con todo este disparate, pero también confiesan que nada de lo que afirman en privado lo harán público porque iría en detrimento de su carrera y además sería perjudicial para el euskera (sic). Hay que reconocer que casi todas las contribuciones culturales realizadas en euskera son consumidas por el mundo nacionalista. Son contados los no nacionalistas que conozcan las diferentes obras y artes realizadas en euskera. Y este es un argumento importante para que aquellos que piensan ciertas cosas en privado, no lo hagan público por desconfianza hacia el mundo no nacionalista.

Otro factor directamente relacionado con lo ya expuesto y ligado también a ese estado de bienestar en el que el vasco despistado vive, es una especie de progresiva funcionarización de muy diferentes artistas más o menos reputados. Sólo el díscolo contra el estado de laminación perpetua del no nacionalista se encuentra ajeno a las prebendas y estipendios del poder instituido, y no me refiero exclusivamente al factor crematístico, que puede ser lo de menos, estoy haciendo mención a algo más sustancial: el reconocimiento. Este es un país donde literatos del tres al cuarto y artistas absolutamente mediocres gozan de un estatus privilegiado, lo que no significa que no haya artistas extraordinarios por muy nacionalistas que sean ni que éste sea un comportamiento que no se dé en la "perversa" España, lo que acontece es que Euskadi es muy pequeña, nos conocemos todos y asistimos desde demasiado cerca a agravios escandalosos[6]. Si honradamente distinguimos entre la posición personal del artista y su producción creativa, nos encontramos con que son contados quienes han mostrado activamente su rechazo a la violencia. Existen manifiestos y documentos firmados hoy por unos y mañana por otros o los mismos donde se repudia el terrorismo, pero más allá de la letra escrita lo que se echa en falta es el compromiso cívico de aquellas figuras públicas del arte vasco (y de los cocineros, deportistas y demás compatriotas ilustres).

Si Txillida, Agustín Ibarrola, Elías Querejeta, el cantante Imanol, Marta Cárdenas, Imanol Uribe, Raúl Guerra Garrido, Iñaki Arteta y algunos pocos más, se han posicionado claramente, esto tampoco significa que su obra haga explícita referencia al problema. Exceptuando el caso de Agustín Ibarrola y de su hijo José, el primero con una escultura de homenaje a las víctimas del terrorismo colocada en Ermua y el segundo con una reciente colección de pintura donde el elemento central es el paraguas del asesinado José Luis López de la Calle, el resto de artistas comprometidos personalmente no han desarrollado obra en torno a la violencia política. Capítulo aparte merece la producción cinematográfica y de ello hablaré más adelante.

Sin embargo, en la historia de ETA encontramos intervenciones en las artes o "happenings" de muy personal estilo. Como señala Carlos Martínez Gorriarán[7] durante los "Encuentros de arte actual de Pamplona" (año 1972) que incluían a una importante muestra de artistas vascos de vanguardia y también a reputados artistas internacionales, <<intervino ETA boicoteando el evento con la colocación de dos bombas y difundiendo un manifiesto de tono estalinista, publicado en su órgano Hautsi (romper), donde se afirmaba que un "artista revolucionario" debía "olvidarse de imprimir su propia estética estilística sobre la realidad", esto es, debía someter su obra a las necesidades de la propaganda política. La iniciativa de Pamplona acabó fracasando debido a este boicot, a la censura gubernamental y a las peleas entre artistas vascos>>. Y Juan Aranzadi[8] recuerda aquella intervención de la felizmente desaparecida ETA político-militar <<interrumpiendo a tiros una película pornográfica y conminando a la empresa a no proyectar más filmes de este tipo por la alucinante razón de que la pornografía impulsa a la violación.>> Aunque han pasado muchos años desde estas acciones, el fanatismo nacionalista sigue actuando con su muy particular modo creativo: destrozando la obra de Ibarrola en el bosque de Oma o intentando boicotear bajo el disfraz medioambiental la obra multicolor del mismo artista en el puerto de Llanes.

También existen artistas que se han posicionado personalmente en la línea de las tesis del radicalismo abertzale e incluso se ha realizado obra con referentes directos a la tortura a la que los supuestos terroristas detenidos son, según denuncian de manera sistemática, sometidos. En el mismo sentido sería interesante realizar un estudio en profundidad sobre el cartelismo político en el País Vasco, pues es de justicia reseñar que el mundo abertzale ha contado con reputados profesionales en este campo, con obra gráfica en muchos casos esplendorosa. También encontramos gran cantidad de obra menor, fundamentalmente monolitos y estelas que homenajean y rememoran al etarra caído en su lucha patriótica, producto de artistas casi siempre desconocidos.

Mención aparte merece el caso del escultor Oteiza, magnífico artista y personaje singular donde los haya que ha coqueteado desde siempre con los sectores más radicales del nacionalismo en una especie de relación amor-odio. Sus obras estético literarias, fundamentalmente su "Quousque Tandem", no dejaron impávido a ningún vasco preocupado por la cultura, provocando bien reacciones de adhesión inquebrantable a sus planteamientos o bien el más profundo desinterés. Puede asegurarse que Oteiza fomentó un nacionalismo de un nuevo orden[9], se podía ser vasco y moderno a la vez liberándose de criterios racistas y etnicistas, e hizo brotar por doquier a gentes entregadas a la recuperación del alma primigenia vasca: de su tradición estética prehistórica (la idea del vaciado como símbolo vasco arcaizante del origen) que era la condición precisa para garantizar nuestra modernidad. Son sus aportaciones estético-filosóficas las que han causado verdadero impacto en la cultura vasca, convirtiéndose por ello en personaje clave. Respecto a su obra escultórica podríamos decir que se inserta fundamentalmente en la historia

internacional del arte de vanguardia con sus derivaciones hacia el minimalismo y arte conceptual, asegurando los cimientos para una estética moderna vasca que posteriormente dará lugar a artistas contemporáneos como Badiola, Moraza, Irazu, Bados y otros.

Es conocido el hecho de que una de las esculturas de Oteiza, "Par Móvil", se colocó justamente en el lugar donde resultó muerto, Venta-Aundi (Tolosa), 1968, en enfrentamiento con la guardia civil el militante de ETA Xabier Etxebarrieta, amigo del escultor por la participación de ambos en el frente cultural de ETA y primer etarra muerto de manera violenta.

Al día de hoy nos encontramos con un elenco de artistas jóvenes, casi todos licenciados en Bellas Artes por la Universidad del País Vasco y ligados a "Arteleku", que abordan lábilmente el problema de la violencia en el seno de la sociedad vasca. Sobre la mayoría de ellos ha escrito el crítico de arte Peio Aguirre y a sus artículos me remito.[10] Son artistas preocupados fundamentalmente por los problemas de identidad y más en concreto por la configuración de las identidades colectivas o de grupos de diferente pelaje (tribus urbanas) y las tensiones provocadas por fenómenos como la globalización y la consiguiente sensación de fragmentación identitaria y desconcierto. En sus obras prima lo alegórico, incluso cierto crípticismo para el observador foráneo, utilizan profusamente las nuevas tecnologías de la imagen (video y fotografía), las posibilidades de la informática y la red internauta y recurren a la utilización de cualquier elemento para tratar de dar cuenta de su propósito creativo. Parte de ellos provienen del mundo radical o han estado o están próximos a él (lo que no es difícil para cualquiera en Euskadi y mucho menos si se es joven) y ahora desde su nueva perspectiva de artistas ven su pasado de una manera distinta, desde una nueva dimensión evidentemente más crítica.

Sin embargo, en términos generales, su arte es más elusivo que alusivo respecto al tema que tratamos y hace falta tener ánimo de explorador reputado para captar sus referencias a la violencia terrorista. Quizá, como afirma Peio Aguirre, esto les haga más interesantes por huir de los paradigmas del arte demasiado comprometido, demasiado explícito. Pareciera un intento de huir de los postulados propagandísticos del realismo socialista, cosa que no puede causar menos que estupor ya que nadie preconiza realizar propaganda alguna y se confunde demasiadas veces la conciencia solidaria con la política partidista. Además, cuando realmente se hace propaganda, suele ser casi siempre en defensa del verdugo. Las obras de estos artistas abordan, por tanto, de manera muy colateral el asunto que tratamos y si de violencia explícita muestran algún vestigio, se trata casi siempre de un factor sometido a la perspectiva de la globalización, no dando a entender claramente que en el País Vasco existe una violencia particular y explícita. Se suele argumentar que esta manera de representar el problema puede hacer pensar al espectador, hacerle tomar conciencia del país que habitamos. Aunque no dudo que esta catarsis pueda suceder, mantengo mi escepticismo. Como he referido anteriormente, el poder de las imágenes por sí solas ante realidades de extrema gravedad precisa de ciudadanos medianamente conscientes y comprometidos, y cuando estos últimos no captan nada sustancial en ciertas obras presentadas como denuncias inequívocas, esos productos pueden pasar a engrosar el acervo inflacionario de la filigrana, la ocurrencia y el divertimento esteticista, lo cual nada tiene de malo salvo que se nos quiso vender gato por liebre.

Jon Mikel Euba (1967), premio Gure Artea 2002, presenta una video instalación llamada "K.Y.D." en al que dos proyectores muestran imágenes de lo que podría ser un accidente de coche en un entorno rural y de verde vegetación. Se ven jóvenes tirados por el suelo, aparentemente muertos. Euba dice: "No tengo conciencia de

artista político, aunque sí es cierto que me interesa crear un arte que sea real. Ideológicamente me interesa reivindicar la ambigüedad. La ambigüedad de este trabajo está en las múltiples interpretaciones que ofrece según dónde se muestre.”[11] Y el autor del reportaje periodístico añade: “los jóvenes tirados por el suelo, muertos en apariencia, junto a los restos de un coche, pueden parecer drogados o asesinados, pueden ser etarras o víctimas, según quién y dónde se vea”.

Pepo Salazar (1972), también premio Gure Artea 2002, muestra una fotografía llamada “Sarabande” que refleja el estado en que quedó la discoteca “Universal” de Lakuntza (Navarra) destrozada por ETA con 30 kilos de dinamita el 28-9-2001. Dice: “estoy a favor de utilizar las posibilidades de la cultura y del arte para intervenir en los ámbitos políticos y sociales. Hay gente que cree que la cultura puede llegar a significar una amenaza. Sin embargo, ser artista es una actitud política en sí misma.”[12]

Iñaki Garmendia es un artista que muestra vídeos de gente en actividades que se pueden considerar a primera vista sospechosas, manipulando elementos que no se acierta a reconocer salvo el sempiterno botellón con etiqueta de Coca-Cola, referente de una cultura globalizada.

Asier Mendizábal hace referencia a la cultura del rock y la simbología de la juventud revolucionaria (Ulrike Meinhoff, Brigadas Rojas, Toni Negri, The Clash, Costa Gavras, Hertzainak, etc.). En Utrecht, 2001, presentó una instalación “Attention aux provocateurs” donde en un remedo de escenario de rock presentaba la bandera de un grupo musical anglosajón que curiosamente se asemeja a la ikurriña y otros elementos como sacos de dormir y alguna pintada con las siglas “FLN”. Referencia inequívoca a toda una cultura de la juerga, del trasnoche y del espíritu reivindicativo del llamado rock radical vasco.

Los dos artistas citados últimamente, Iñaki y Asier, han realizado recientemente un trabajo en video realmente interesante titulado “Goierry Konpeti”. Han grabado a lo largo de un año a una serie de grupos urbano-rurales del Goierri (zona del corazón de Guipúzcoa) que se dedican a participar en carreras de coches. El video muestra desde la preparación de los vehículos hasta sus más íntimas conversaciones trabadas en euskera y castellano, todo ello ante la presencia de un paisaje que sirve de marco explicativo. No aparece mujer alguna entre estos colectivos que rezuman un claro tufillo machista volcado al motor y la fuerza de tracción. Significativa obra para comprender muchas de las actitudes y desconciertos de los jóvenes vascos.

Ibón Aranberri (1969) utiliza objetos con claro sabor local pero dotándolos de un doble significado, presentando una mesa como las que muestra la policía después de una redada con los materiales incautados al comando, pero incorporando a esta representación piezas para nada violentas como cajas de leche, pilas o mapas. También presenta trastocados determinados símbolos que pertenecen al acervo txillidiano: anagramas de instituciones (Universidad del País Vasco, Kutxa) o antiguas pegatinas reivindicativas (amnistía, antinucleares). Con Basterretxea hace algo semejante y tomando como ejemplo su “Izaro”, escultura que preside el Parlamento Vasco, realiza una reproducción hueca pero igual de monumental y la llama “Gaur Egun”[13], colocando dentro una radio con un dial que el espectador puede utilizar para escoger la emisora que prefiera y que oye gracias a unos altavoces alojados en el interior de la pieza. Polifonía de lenguas, músicas y estilos y posibilidad de elegir aquello que interese. Este artista ha pretendido también lanzar fuegos artificiales en el lugar donde debió erigirse la central nuclear de



Lemoniz, hoy en día inmenso cementerio de hormigón que provoca ingratos recuerdos, sobre todo a la familia del ingeniero asesinado. Dice el artista: "los fuegos artificiales borran huellas, deshacen signos y cubren las repercusiones. Refuerzan lo efímero haciéndolo espectacular. Ibamos a crear momentos de realidad imaginada".

Asier Pérez González relizó un mapa de Euskal Herria (las 7 provincias reivindicadas políticamente por el nacionalismo) donde se señalaba la implantación de las grandes cadenas de hipermercados. También diseñó una camiseta donde aparecía impreso un calzoncillo con los colores de la ikurriña e incluso ha echado mano de la gastronomía y ha servido comida vasca en un restaurante holandés de gentes pertenecientes a la antigua colonia de Suriman: cruce de culturas y presencia de lo nuestro tradicional en un contexto extraño y plural.

Ainara García tomando la estética del rock radical vasco ha realizado el presente año un trabajo a modo de catálogo o fancine llamado "Orrazkerak" (Peinados) donde hace un repaso a los cortes de pelo en Euskadi desde hace 20 años. Mezcla de moda y actitud contestataria y revolucionaria, conformación de identidades colectivas a través de la estética corporal y los comportamientos.

Txomin Badiola (1957), artista ya consagrado y ajeno a todo geste grupo, ha realizado algunas obras en las que la violencia terrorista está presente[14]: la serie "Bañiland" presentada en Madrid en 1993 donde se reproducía un esquema gráfico de la muerte de un comando etarra. Dos figuras alrededor de un árbol y el rastro de sangre de un tercero, presuntamente huído. Badiola utiliza en sus obras una profusa iconografía local: encapuchados, carteles del Athletic, carteles históricos del nacionalismo vasco, Oteiza, imágenes de la cultura de la violencia. En relación a la situación vasca, Badiola asegura que "...parece que se exige el posicionamiento excluyente, en definitiva se busca el sentido, el significado, mientras que los artistas tratamos de romperlo, de cuestionarlo, deconstruirlo o evidenciar la lógica que une unos signos con otros para procurar sentido". Y refiriéndose a la mayoría de los jóvenes artistas aquí citados, añade: "Si hay algo que caracteriza a todas estas posturas es su ambigüedad, y querría además entender este aspecto en su vertiente más radical y transformadora, desligándolo de lo que podría ser un acto de ocultamiento, para situarlo precisamente en el opuesto: el de la revelación".

No sólo las artes plásticas muestran este proceder ambiguo y colateral al problema violento que nos atenaza, si analizamos con cierto detenimiento otras expresiones artísticas encontraremos un panorama análogo o, si cabe, menos comprometido. La música es el ejemplo más palpable de un arte de escenario donde el artista tiene la posibilidad, sobre todo en la música moderna o el rock, de explayarse y animar a la concurrencia. En el País Vasco, la ideología abertzale más radical ha utilizado de manera profusa a diversos grupos musicales para difundir sus romos mensajes y cohesionar a sus partidarios. Las concentraciones de la izquierda juvenil radical, antes "Haika", ahora "Segi", siempre han contado con colaboraciones musicales que tanto en euskera como en castellano han arengado a sus fieles. Sus concentraciones de los últimos años en Mauleón, Oiartzun o Elorrio han contado con la masiva presencia de jóvenes (entre 7 y 12 mil). No quiere esto decir que todos ellos sean partidarios de la lucha armada y lindezas parecidas, pero se dejan arrastrar a estos espectáculos por la bronca musical y esa estética aguerrida y luchadora que allí se presenta aunque, eso sí, todos los días disfruten de un espacio de bienestar perfectamente diseñado por las candorosas manos de sus progenitores. Causa estupor constatar que jóvenes encantadores y para nada partidarios de las tesis batasunas poseen los cedés de los grupos más radicales a los que veneran y escuchan con profusión. ¿Acaso no entienden el alimento

espiritual que sus letras representan?, ¿es cierto que "pasan" de ello?, ¿no les produce mella alguna? La sensación de gente políticamente anestesiada que difunden lo explica todo.

Grupos como "Etsaiak" (enemigos), "Sociedad Alcohólica", los diversos proyectos de Fermín Muguruza y "Su ta gar" (Fuego y llama), por poner los ejemplos más significativos, transmiten valores que comprenden, justifican y fomentan la violencia política.

"Su ta gar" incluye entre sus letras una titulada "Erokeria" (locura) compuesta por la etarra Carmen Guisasola condeanada por varios asesinatos. En su último disco "Jo ta ke" (sin parar), expresión que remite al "jo ta ke irabazi arte" (sin parar hasta ganar) del mundo proetarra, incluyen homenajes a sus paisanos de Eibar y etarras encarcelados Mikel Zarrabe e Ibón Muñoa, siendo este último quien informó, dio cobijo y cobertura al comando que asesinó a Miguel Angel Blanco. He aquí los últimos versos con su estribillo: "Yo nunca te diré cual es tu obligación, / yo hace tiempo que opté/ jo ta ke hasta ganar, / su ta gar/ luchando sin parar,/ jo ta ke/ duro al enemigo,/ su ta gar,/ sin parar noche y día". No me resisto a incorporar otra de sus composiciones más celebradas "Gau iluna amaitu da" (se ha terminado la noche oscura): "Eras joven querido amigo,/ escuché ladridos de perros,/ fuiste llevado entre golpes./ Todo tu mundo es un frío agujero,/te has convertido en un hombre en las prisiones del odio,/ en el camino se han quedado demasiados compañeros/ y familiares que no volverás a ver./ ¿Es esta su paz?/ Ha pasado otro año negro./ Dispersión/ su castigo no te asusta/ la casa del padre se mantiene en pie./ Al final la libertad/ alegría y miedo/ ¿qué sucede fuera?/ Hoy a la mañana/ he recibido una llamada de tu madre/ con el corazón latiendo en su boca y en un llanto/ me ha dicho que hemos ganado,/ que serás libre./ Familiares entre lágrimas y abrazos/ casi no sientes los pies en el suelo/ Terminó la noche oscura/ ha llegado el día de la amnistía."

La producción cinematográfica o el llamado en su día "cine vasco" ha contribuido con numerosas películas de ficción y algunos documentales. De las primeras, algunas han querido tocar el problema de la violencia y lo han hecho por lo general de manera colateral y ambigua, cuando no han contribuido a justificar los comportamientos radicales. Imanol Uribe ya desde "La fuga de Segovia" se acercó al problema, en este caso desde una perspectiva de aventura y justificación ya que se trataba del período franquista. En "La muerte de Mikel" comenzaba a vislumbrarse una quiebra de aquel mundo monolítico abertzale, tratando temas como la homosexualidad en un colectivo tan machista como el de esta izquierda radical. "Días contados", su última contribución comprometida con el problema, mostraba el conflictivo entramado de las relaciones privadas del terrorista y su trabajo profesional clandestino: dar muerte al enemigo. Otras películas como las de Antxon Ezeiza, "Días de humo", o la de Elena Taberna, "Yoyes", han querido optar por la vía políticamente correcta tratando de mostrar un conflicto entre dos partes enfrentadas y con justificaciones peregrinas hacia el mundo batasuno. Existe alguna otra película como "El viaje de Arian" que narra un secuestro que acaba en asesinato, y poca cosa más.

En el apartado de documentales es donde encontramos obras que muestran la faz real del problema, sobre todo porque dejan hablar a los protagonistas que son víctimas del terrorismo o partidarios de las tesis nacionalistas moderadas o radicales. Iñaki Arteta ha realizado un trabajo sobre las víctimas titulado "Sin libertad" donde éstas cuentan sus vicisitudes y circunstancias de vida. Elías Querejeta como productor y con la dirección de Eterio Ortega, ha presentado dos obras tituladas "Ciudadanos vascos" y "Asesinato en Febrero". La primera, rodada

en torno a las elecciones del 13 de Mayo de 2001, presenta a personas que pertenecen al diferente espectro político del país, desde la ideología del PP hasta la de Batasuna. Ambientada en sus entornos familiares y sociales es una muestra patente de la quiebra que el nacionalismo fundamentalista provoca en una sociedad como la vasca. La segunda reconstruye y relata el asesinato del socialista Fernando Buesa y del escolta que lo acompañaba, el ertzaina Jorge Díaz Elorza.

Existe en estos momentos un proyecto de Julio Medem para rodar una película documental[15] sobre el "conflicto", titulada "Euskal Pilota" (pelota vasca), "la piel contra la piedra", en la que el realizador pretende entrevistar a unas cien personas: políticos, víctimas de torturas, víctimas de ETA y del GAL, colectivos ciudadanos, policías, psicólogos, antropólogos, historiadores pre-románicos (sic) y de otros períodos, filólogos, depositarios de la tradición oral del euskera, empresarios y obreros, vascos no pertenecientes a Euskadi, periodistas, intelectuales, artistas, deportistas, cocineros, religiosos, quienes abogan por las similitudes con Irlanda del Norte, otros. Como se puede apreciar, exhaustivo y correctísimo, si no fuera porque en su planteamiento se deslizan los tópicos más manidos que justifican y comprenden el comportamiento violento. La equidistancia del buen corazón del vasco preocupado por el problema marca el tono y la forma y, faltaría más, el proyecto se pretende financiar con el dinero de todos otorgado por el Gobierno Vasco.

En las artes literarias es donde, en principio, podríamos esperar encontrar contribuciones más comprometidas. Tampoco es así, aunque parezca territorio más apropiado para pasar cuentas al horror del terrorismo. Ocurre lo mismo que en lo detallado hasta ahora: el miedo y el acomodo pueden con todo. Ibán Zaldúa, escritor euskaldun y crítico, ha señalado recientemente[16] la falta de crítica dentro de la literatura vasca en euskera: "Hay libros buenos y malos, pero los malos se esconden debajo de la alfombra casi sistemáticamente" (...) "pese a que no todo lo que se escribe es bueno el mundo de la crítica mantiene una postura defensiva para proteger la cultura y el euskera" (...) "para ser un escritor vasco de éxito hay que ser joven, escribir novelas, emplear un euskera inteligible y muy llano y llevarse bien con el establishment literario" (...) "el escritor vasco de éxito debe ser además discretamente abertzale, de ninguna manera constitucionalista, políticamente correcto y hablar mucho y bien de emigrantes y ancianos y mal de banqueros y militares".

En cualquier caso hay excelentes escritores como Andu Lertxundi, Bernardo Atxaga, Ramón Saizarbitoria o Joseba Sarrionaindía. Algunos de ellos con obra pretendidamente comprometida con la violencia y algún otro directamente partidario de los etarras. Lo llamativo sigue siendo sin embargo la falta casi total de realismo en la literatura en euskera, se asemeja a esa serie de la televisión vasca llamada "Goenkale" que triunfa en la audiencia euskaldun desde hace años y donde se presentan los problemas más variados que puedan afectar a una comunidad humana: malos tratos, homosexualidad, reivindicaciones feministas, delincuencia, etc. pero donde no hay nunca lugar para la política, no vaya a ocurrir que surja el tan cacareado conflicto y los guionistas (algunos conocidos y reputados escritores) no sepan muy bien cómo tratarlo.

Ramón Saizarbitoria escribió hace años una pequeña novela titulada "100 metro" que fue un mazazo en la literatura vasca: trataba de los últimos 100 metros en la vida de un etarra perseguido por la Guardia Civil y finalmente abatido. Transcurren en esos escasos metros por la mente del terrorista sus vivencias y recuerdos de manera acelerada. El impacto de la novela se debía más bien al tratamiento y a lo

novedoso de la trama más que a la denuncia explícita del terrorismo. En cualquier caso, en la novela el etarra habla euskera y la Guardia Civil castellano.

Atxaga ha escrito "Gizona bere bakardadean" (el hombre solo) donde colateralmente aborda la cuestión de la violencia, y el resultado es decepcionante. José Andrés Sagastizabal, ha escrito varias obras entre las que destacaría "Gerturik daukagu odola" (dispuestos a ofrecer nuestra sangre) donde desde una perspectiva irónica construye un relato delirante sobre este verso del himno al soldado vasco, con referencias constantes a la sexualidad y al euskera y la obligación moral de aprenderlo.

Andu Lertxundi presenta estos días nueva novela "Zorion Perfektua" (felicidad perfecta) cuya protagonista es una muchacha de 16 años que se demora al ser testigo de un atentado y recibe una regañina familiar por llegar tarde a casa. Se habla del individuo frente a la violencia y a su propia cotidianeidad. "Lo que yo trato de contar son las 24 horas siguientes a ese momento; la vida interior de esta chica, la conmoción que ha supuesto para ella el asesinato de un camello, y la confrontación de esos sentimientos con la cotidianeidad familiar o académica en el instituto. La que habla es ella en primera persona, 14 años después del asesinato, al enterarse de que el autor material del crimen ha quedado en libertad." [17] Recién publicada, no he tenido oportunidad de leerla.

Del teatro, sólo reseñaré una cosa, se necesita urgentemente una figura del tipo de Albert Boadella, capaz de reirse de su propia sombra, contribución de imperiosa urgencia en este país serio y acomodado. Aunque lo serio y lo ridículo están bastante emparentados, es sorprendente la dificultad que tenemos de ridiculizar y reirnos de nuestros líderes. Cosa que por otra parte es lo que más irrita al nacionalismo: lo denominan falta de respeto y les parece más sagrado que la aniquilación del disidente.

¡Qué barbaridad!